

# 1

—¡Oh, vamos! Alegra esa cara, Bella. Tampoco es para tanto, ¿no? Estoy segura de que encontrarás otro puesto de trabajo que se ajuste a tus características —le dijo su tía Luisa antes de girarse hacia su hija con orgullo.

Bella notó que la sonrisa que había forzado durante los diez últimos minutos comenzaba a flaquearle. Era incapaz de entender cómo su familia se alegraba tanto de que hubiese perdido la oportunidad de trabajar en uno de los mejores colegios de Sevilla, con un currículum casi impecable y mucho dinero invertido. Incluso sus padres parecían alegrarse.

Excepto su abuela Eleonora, que alzaba una ceja en un sutil gesto de desprecio.

Sin embargo, Bella repasaba todos y cada uno de sus pasos, aquellos que habían provocado que la entrevista de trabajo no fuera fructífera. La había hecho en francés, vestida con una de las faldas de su abuela y entrando en el colegio con el pie derecho. Sí, con el pie derecho. Según Eleonora, de esa forma era imposible que le fuera mal.

Y al parecer no le podía haber ido peor.

Por más que analizara meticulosamente sus acciones, no encontraba ningún fallo que hubiese llevado al entrevistador a elegir a su prima antes que a ella. Y pensar en la horrible falda que había usado para que le diera suerte, la de su abuela, no hizo más que aumentar su bochorno.

Bella observó a Lía, que aceptaba las felicitaciones de los miembros de su familia. Los abrazaba mientras una enorme sonrisa decoraba su bello rostro. Sabía que debía acercarse y

felicitarla, pero sentía que su boca estaba llena de veneno, y se negaba a mostrar lo mucho que le dolía que todos hubiesen preferido que le diesen el puesto a Lía antes que a ella.

La bella Lía, de cabello rubio dorado y ojos azules, cuya altura sobrepasaba el metro setenta, parecía más una modelo que una profesora de francés, mientras que Bella había tenido la mala suerte de heredar el metro sesenta de su abuela. La más baja de la familia.

Sin embargo, aquello no había sido lo único malo que le había sucedido.

No, ni mucho menos.

Cuando había cogido el coche para ir a comprar al supermercado, otro vehículo le dio por detrás, en el parachoques trasero, y eliminó toda la pintura de su vehículo en la zona golpeada. Al salir para comprobar los daños, se percató de que la carrocería de esa parte estaba hundida.

Bella había cogido aire, en un fallido intento por calmar la ira y la desesperación que ardían en su interior. Se repitió varias veces que todo se debía a las obras de la calle y no a su mala suerte.

Tras haber rellenado los papeles junto a la otra conductora, con alguna que otra queja por su parte, regresó a su piso. Allí descubrió que su pez, Felipe, había fallecido después de acompañarla cerca de diez años.

Experimentó tanta tristeza que se había derrumbado en la entrada de su hogar, con las bolsas de comida a ambos lados de su cuerpo, los papeles del coche y el pequeño cuerpo de Felipe flotando en la pecera.

Y ahí estaba en ese momento, en casa de su tía Luisa. Deseaba marcharse y lamerse las heridas en la intimidad, donde no tuviese que fingir más.

Su abuela se acercó hasta donde ella estaba y le dio un suave codazo en las costillas.

—Esto es el colmo. ¿Por qué no te vas a casa?

—Creo que debería acercarme —susurró Bella, cansada—. Pero no me apetece. Aunque Lía no me ha hecho nada.

—No, no directamente. Solo seguir tus pasos cuando no sabía qué hacer.

Bella giró la cabeza para mirar a su abuela, cuyos ojos castaños brillaban de enojo y rabia.

—No es ilícito.

—A ti te ha pasado algo más; tienes los hombros hundidos y los ojos húmedos.

—Me han dado en la parte trasera del coche y Felipe ha muerto.

—Vaya...

Bella asintió con tristeza.

—Me temo que tus consejos no me han ayudado mucho —le musitó con un hilo de voz al ver que las arrugas de la frente de su abuela se acentuaban—. Ni entrar con el pie derecho ni ponerme tu falda de mil colores.

—Necesitas una limpieza de aura, cariño. Te ha mirado un tuerto —dijo su abuela con convicción.

Suspirando, Bella sacudió la cabeza.

—Creo que por ahora paso.

—Pues no deberías. Percibo tu aura un poco manchada; ¿por qué no vienes esta tarde a mi casa? Te prepararé galletas.

Alzando una ceja, Bella sintió que parte de su tristeza desaparecía al pensar en las deliciosas galletas de su abuela. Aún recordaba cuando su abuela las hacía tanto para Lía como para ella cuando regresaban de gimnasia rítmica. De pequeñas las dos primas habían estado unidas, o al menos la distancia entre ambas no era tan pronunciada.

Tras asentir, se inclinó para darle un beso en la arrugada mejilla.

—De acuerdo, pero tengo que irme pronto. He quedado con Alberto; hoy es jueves, y sabes que siempre nos vemos un rato.

—Ese chico va detrás de ti.

—¡Abuela! Es mi mejor amigo, y el año pasado babeaba por Lía, así que no lo creo. Tenemos los límites muy bien definidos.

—No sé si será suficiente con una limpieza de aura, quizá...

Antes de que su abuela prosiguiera, Bella cogió una profunda bocanada de aire y fue hasta su prima. Contempló dolida las miradas de su madre, Rosario, y del resto de su familia, brillantes de gozo y satisfacción mientras una muy feliz Lía no paraba de sonreír, triunfante y con un nuevo empleo que le permitiría mudarse a una de las mejores zonas de Sevilla.

No, la vida no era justa. Fue Bella quien encontró esa oferta de trabajo. Se lo había contado a su madre por la noche, con una nueva esperanza anidada en el pecho y una nueva motivación que diese un vuelco a su monótona vida. Sin embargo, al día siguiente su madre había ido con la buena noticia a Luisa, quien indudablemente la hizo llegar hasta Lía.

La traición que había sentido era similar a la de un cuchillo partiéndola en dos, dejándola fría y desamparada, con una herida sangrante que supuraba cada vez que veía a su familia.

Con un suspiro, Bella estuvo tentada de salir corriendo cuando los ojos azules de Lía cayeron sobre ella. Fingió la mejor de las sonrisas e ignoró las súplicas de su cuerpo por alejarse de allí.

Felicitó a la nueva trabajadora del colegio privado más exclusivo de Sevilla.

—Tienes mala cara. ¿Necesitas un abrazo?

Bella levantó la mirada del vaso de chocolate que tenía entre las manos y miró a Alberto. El calor de la bebida la ale-

jaba del frío, que la sumía en una profunda desazón. Ni siquiera su abuela había conseguido restaurar parte de esa paz interior que siempre la había acompañado, y que era como un bálsamo en sus peores días.

Pues aquella tarde era inútil. Nada la calmaba, nada la sanaba. La ira, la injusticia y la tristeza le impedían avanzar, y la ahogaban en un llanto silencioso.

—No he tenido un buen día —musitó Bella con un hilo de voz. Contempló los árboles del parque de María Luisa, teñidos de tonos otoñales.

—Creo que, si te desahogas, aliviarás parte de tu carga.

Bella bajó la vista hasta su chocolate, huyendo de la mirada verde de Alberto. Temía que la suave brisa que se había levantado terminara por hacerla llorar.

—No me han cogido para la oferta de trabajo de la que te hablé.

—¿Ese colegio esnob?

—Ese mismo.

—¿Y por qué? Tienes un buen currículum, no consigo comprenderlo.

Eso mismo se decía ella cada vez que no accedía a un buen puesto de trabajo. ¿De qué servía tener un currículum impecable si se quedaba a las puertas? Siempre había alguien mejor que ella, más preparado y habilidoso.

—Han escogido a Lía —murmuró con voz ponzoñosa.

Alberto abrió los ojos de par en par.

—¿A Lía? ¿Ves? Te dije que no le dijeras nada a tu madre.

—¡Pero es mi madre! —saltó ella sin demasiada energía; luego contempló a un par de pájaros posados en una de las ramas más altas del árbol—. Quería compartirlo con alguien. Necesitaba compartirlo.

—Y te ha salido el tiro por la culata.

—Nunca mejor dicho —susurró Bella. Dejó el vaso del chocolate a un lado, apoyado en el banco—. No sé qué me ha dolido más: no ser escogida o ver la mirada de satisfacción de mis padres por lo de Lía.

—Es algo que nunca comprenderé —dijo Alberto antes de terminarse su café y tirarlo a la papelera más cercana—. Quizá fuese la falda de tu abuela. ¿Entraste con el pie derecho?

—Hice todo lo que ella me aconsejó, y nada ha servido.

—¿Qué es esta flor que tienes en el pelo? —Alberto le retiró una pequeña florecilla y algunos pétalos que había sueltos por su cabello.

—Antes de quedar contigo he ido a visitar a mi abuela. Me ha hecho una limpieza de aura. Cree que me ha mirado un tuerto.

—Oh, ¿te encuentras mejor?

—La verdad es que no —se sinceró Bella, hipando al batallar contra las lágrimas, que exigían derramarse—. Felipe ha muerto.

—¿Tu pez?

—Y eso no es todo: me han golpeado en la parte trasera del coche.

—Demonios, quizá sea cierto que te ha mirado un tuerto, Bella.

Tras asentir, Bella contempló el sol, que poco a poco parecía querer ocultarse entre los edificios. Era octubre y anochecía con premura, lo que a Bella le dejaba una sensación de desasosiego que la asfixiaba por las noches. A veces llegaba a la triste conclusión de que estaba sola, de que no tenía a nadie que comprendiera de verdad cómo se sentía... Menos Felipe, que la mayor parte de las veces la había mirado con sus redondos ojos a través de la pecera, haciendo gestos con la boca que parecían decirle algo. O eso había creído Bella;

su abuela decía que eran estupideces y que no era nada más que un pez.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé; el hecho de pensarlo hace que me sienta aún más deprimida. Solo quiero olvidarme del día de hoy.

—Desde luego, tienes razones de sobra para odiar al mundo —musitó Alberto sin dejar de observarla—. ¿Vas a seguir con tu empleo en el bar o te vuelves a vivir con tus padres?

—Dejé el trabajo pensando que me aceptarían en el colegio —murmuró Bella, abochornada—. Y prefiero cortarme un dedo antes que volver a casa y escuchar lo felices que están mis padres por Lía. Me buscaré algo. Tengo ahorros; puedo tirar de ellos durante varios meses antes de regresar con mi abuela.

Alberto intentó ocultar una sonrisa.

—La famosa Eleonora. ¿Estás segura de que quieres vivir con ella? Con todas esas muñecas que tiene, sus libros de conjuros...

—He dicho que solo sería así de ser estrictamente necesario. —Bella se estremeció al pensarlo—. Me niego a vivir el que se supone que es el mejor período de mi vida cortando ramitas y haciendo conjuros mientras Lía se forra.

—Hay gente que nace con suerte, y otras...

—... que no, y a ese grupo pertenezco yo —concluyó Bella, viendo cómo poco a poco se le acercaba una paloma.

—¿Qué hay de la que era tu mejor amiga en el colegio?

—Volvió a California junto a su familia.

—Oh, te iba a sugerir que trabajaras para ellos. Recuerdo que eran una familia adinerada y tenían una multinacional de tecnología.

—Sí, sí que lo eran, pero ni siquiera mantuve el contacto con ella. Era muy pequeña.

Un tenso y pesado silencio los envolvió. Bella se cruzó de brazos cuando un aterrador frío se apoderó de ella y heló cada centímetro de su piel. Pensar en su futuro la desconcertaba y le provocaba un vértigo en la boca del estómago que le impedía comer.

—¿Sabes? Creo que, hagas lo que hagas, te será imposible desconectar.

—En eso llevas razón —convino Bella.

—Vayamos a cenar a algún sitio bueno y olvidémonos de las obligaciones. Vamos, levanta.

Alberto la agarró de la mano y tiró de ella. Bella accedió y arrojó el resto de su chocolate a la basura.

—Ni siquiera te he preguntado qué tal te va. Soy una pésima amiga.

—No, no lo eres —le dijo Alberto mientras salían del parque—. Has tenido un mal día y necesitas que te escuchen. Yo he pasado por situaciones muy desagradables y nunca me has echado en cara que no te haya escuchado, así que hoy soy todo tuyo. Pasaremos una noche tan buena que te olvidarás de tu preciosa prima y de la dichosa oferta de trabajo. ¡Vamos!

Bella lo siguió durante toda la noche con pies de plomo. Cenaron en un restaurante japonés bastante caro y luego se marcharon a un pub irlandés donde tomaron una copa dentro del local, lejos del frío que se había levantado y de la soledad que parecía envolver las calles de Sevilla.

Por primera vez en mucho tiempo, Bella decidió tomarse una copa con alcohol, por lo que recibió una aprobadora mirada por parte de Alberto. Este se pidió un cubata de whisky bastante cargado que terminó por hacerle perder la poca decencia que tenía y llevarla hasta la pista del pub, donde había un par de parejas bailando.

Bella debía de tener muy poca cantidad de alcohol en las venas, pues le resultaba terriblemente bochornoso bailar. Al-

berto la pegó a su cuerpo y, tras pisarla unas cuantas veces, comenzó a seguir el ritmo de la canción. Bella suspiró y puso los ojos en blanco, incapaz de no contagiarse del buen humor de su amigo. Encontraba bastante divertidos sus intentos por querer cantar la canción, inventándose y dando alaridos.

Bella soltó una fuerte carcajada antes de percatarse de que había un grupo de mujeres que miraban a Alberto con interés. Había una castaña bastante guapa que sabía que a él le gustaría. Contuvo una sonrisa y se acercó a su oído.

—Hay una mujer muy guapa que no aparta la mirada de ti. Alberto alzó una ceja.

—Me importa un cuerno, hoy es noche de amigos.

—Mírala al menos, ahora cuando nos demos la vuelta. Te encantará, créeme.

Bella hizo que giraran de la forma más elegante que pudo y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando sus pies se enredaron con los de él. Alberto, conocedor de su poca habilidad para bailar en pareja, los plantó firmes en el suelo y la agarró.

—Cierto, es guapa.

—Y te mira.

—Me está mirando.

—Pues acércate. Yo voy a tomar un poco el aire. Cuando vuelva quiero verte hablando con ella, ¿te enteras?

Bella se separó de Alberto con una sonrisa antes de irse al exterior, donde una bofetada de aire frío la recibió. Suspiró y vio cómo su aliento se convertía en una pequeña columna de aire que salía desde su boca. Sin embargo, agradeció el respiro, gracias al que podía dejar de sonreír y fingir que estaba bien, que se había olvidado del terrible día que se había cernido sobre ella.

Apoyada en una de las paredes del pub, contempló desde la distancia a alguna que otra pareja o grupos de amigos. Se

movían hacia los bares para refugiarse del frío y pasar un buen rato.

Bella se alarmó cuando un pensamiento cruzó su cabeza: no había alimentado a Felipe en todo el día. Fue a moverse cuando la realidad cayó sobre ella: ya no tendría que ocuparse de él nunca más. Felipe la había dejado.

*No llores, no es para tanto. Era un pez... Mi pez.* Con un nudo de emociones que la asfixiaban, decidió que entraría en el pub para coger su bolso y despedirse de Alberto. Necesitaba marcharse a casa. Ya.

Se dio la vuelta y agarró el picaporte de la puerta para tirar de ella y entrar cuando una voz masculina y aterciopelada la paró.

—¿Bella Grande? ¿Eres tú?

Bella frunció el ceño cuando escuchó su apellido y se giró con extrañeza hacia el desconocido que se había dirigido a ella.

Se trataba de un hombre muy alto, fornido y de rostro bastante atractivo y varonil. Estudió sus ojos azules, mientras llegaba hasta ella un familiar recuerdo que no terminaba de distinguir.

—¿Te acuerdas de mí?

Bella lo estudió a conciencia, desde la recta nariz hasta sus sensuales labios. Se recreó en los huesos que formaban su atractivo rostro y en el vello incipiente que oscurecía su mandíbula. Sin embargo, no fue hasta que volvió a centrarse en sus ojos azules que consiguió identificar al dueño de aquella mirada felina.

—¿Logan?

Él sonrió y avanzó otro paso hacia ella, lo que provocó que tuviera que alzar la cabeza un poco más. Demonios, se había olvidado de lo alto que era. Debía de rozar el metro noventa sin problemas.

—El mismo. Te ha costado reconocerme —señaló Logan. Tenía las manos metidas dentro de su chaqueta de cuero.

—No mucho. Tienes los mismos ojos que Casie —dijo Bella con una inexplicable alegría que le calentaba el pecho—. Dios mío, cuánto has cambiado. Quiero decir, te recordaba enorme, pero no tanto.

Logan curvó las comisuras de la boca hacia arriba, sin despegar su mirada de ella.

Bella sintió que volvía a tener catorce años, que estaba en la enorme casa de Casie, encerrada en su cuarto mientras se entretenían con todos los juguetes que tenía. Y aun así, su atención siempre volvía al hermano mayor de Casie, Logan. Aquel chico alto y desgarbado que la había ayudado más de una vez cuando se habían metido con ella por su baja estatura y su cara llena de acné.

Recordaba los saltos que le daba el corazón cada vez que lo escuchaba con algún amigo, bajando las escaleras para marcharse a dar una vuelta. O la simpática mirada que le dirigía cuando la veía en el colegio y que provocaba que se le encendieran las orejas.

Y allí estaba el hombre en el que aquel chico alto y desgarbado se había convertido. Más alto, más fornido. Sus largas piernas estaban enfundadas en unos vaqueros oscuros. Estaba impecable, guapo a rabiar, y ella se preguntó adónde iría.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Bella.

—Vivo al lado. Estás en Nervión, y yo vivo justo en ese ático —le dijo señalando a sus espaldas un conjunto de pisos muy elegantes.

Bella alzó una ceja antes de estirar una mano y golpearlo en el hombro.

—¡Pero habíais vuelto a California!

—A pesar de que mis padres son estadounidenses, yo nací aquí, por lo tanto soy español, y puedo volver. Pero sí, nos marchamos. Yo volví hace tres años, aproximadamente. —Logan se tocó el hombro—. No recordaba que tuvieras tanta fuerza —bromeó.

Ella soltó una carcajada.

—No fui yo quien practicó kung-fu. Por cierto, ¿y Casie? ¿Qué ha sido de ella?

—Casie se quedó en California. No ha vuelto desde entonces, pero se alegrará de saber que estás bien.

Bella apretó los labios en una tensa sonrisa y asintió varias veces, moviendo apenas la cabeza. Tras coger aire, bajó la vista y la clavó en sus endemoniados tacones, que comenzaban a herirla en la parte baja de los dedos y en los talones.

—Podríamos quedar un día y ponernos al tanto de todo —le sugirió Logan.

Ella alzó la cabeza.

—Claro, me encantaría. Hace muchísimo que no te veo.

—¿Dónde trabajas? Podría pasarme un día a la hora del desayuno.

Bella notó que su sonrisa desaparecía de forma súbita. Recordó el motivo por el que se encontraba allí. Como si la herida de su pecho volviera a sangrar, ella se llevó una mano a la zona y se aclaró la garganta.

—Yo... Es una larga historia. Digamos que... estoy de baja. Sí, tengo unos asuntos que resolver.

Logan frunció el ceño, aunque tuvo la prudencia de no preguntarle nada.

—¿Estás sola?

—No, mi amigo está... divirtiéndose.

Él alzó una ceja. Bella estiró la mano para agarrarlo de la manga de la chaqueta y acercarlo hasta ella para pegarlo al cristal de pub. El enorme cuerpo de Logan tocó el suyo, y le

llegó un olor masculino y especiado. Bella inspiró y cerró los ojos antes de señalarle con el dedo sobre el cristal. Alberto estaba de espaldas a ellos, y apenas pudo reconocerlo, ya que estaba en una de las esquinas casi en penumbra, besándose con la mujer que antes habían visto.

—¿Ves?

—Se lo está pasando bien, de eso no hay duda. Tengo la sensación de que lo conozco. —Él sacudió la cabeza—. Estaré equivocado. Entonces, ¿qué haces fuera?

—Necesitaba que me diera el aire —respondió antes de girarse y contemplar el oscuro cielo que envolvía la ciudad de Sevilla, repleto de estrellas que conseguían en cierta forma dar un toque cálido al frío firmamento—. La verdad es que me apetecía irme a casa, pero tampoco quiero cortarle el rollo.

—¿Quieres que te lleve? Tengo el coche en el garaje. Tardaremos cinco minutos.

—No te preocupes. —Bella hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Llamaré a un taxi.

—¿Estando yo aquí? Ni en broma, vamos. Te llevo. Tú me guías. —Al ver que Bella seguía sin aceptar del todo su ofrecimiento, retrocedió unos pasos para alejarse de ella—. No me importa, en serio. Por tu rostro diría que has tenido un día difícil y quieres descansar.

Bella apretó los dientes antes de asentir. Sacó el móvil de su bolso y le escribió un rápido mensaje a Alberto. Sabía que, si le decía que deseaba marcharse a casa, él insistiría en acompañarla y echaría a perder una noche maravillosa junto a aquella despampanante mujer de melena castaña. Y ya la había acompañado lo suficiente aquel día para poder descansar de su función como niñera.

Al acabar, guardó el móvil y comenzó a caminar junto a Logan, rodeándose el cuerpo con los brazos cuando una fría brisa le acarició el rostro.

—¿Tienes frío?

—No —mintió ella—. Para nada. Qué noche tan bonita hace.

Logan alzó la mirada hacia el cielo y asintió.

—Sí, una noche preciosa.

—¿Tienes que madrugar mañana?

—Sí, pero hoy me costaba conciliar el sueño, así que decidí ir a tirar la basura a estas horas. ¿Quién iba a decirme que me encontraría a la mejor amiga de mi hermana?

—Estuvimos muy unidas de pequeñas.

—¿Qué tal está Eleonora? Aún recuerdo todas las limpiezas de aura que me hacía cada vez que te llevaba de regreso a su casa después de pasar el día con Casie.

Bella se sonrojó, aunque agradeció que la escasa luz de las farolas no iluminase su rostro lo suficiente como para que él lo notase.

—Me temo que sigue igual, con sus pócimas y limpiezas.

—Es única —afirmó Logan, alzando la comisura derecha de su boca. Su voz se había vuelto más masculina y ronca, pero Bella la encontraba muy atractiva para un hombre de su tamaño—. Quizá me haga falta una.

—Oh, no lo digas ni en broma —saltó Bella, y captó la atención de Logan—. Hoy me ha hecho una limpieza y me he presentado en Sevilla oliendo a plantas, con el pelo repleto de pétalos y flores.

—¿Cuál ha sido esta vez el motivo?

—Dice que me ha mirado un tuerto, que mi aura estaba algo oscura. —Bella se encogió de hombros. Ambos cruzaron un paso de peatones en silencio antes de que ella prosiguiera—. No creo que sirva para nada.

Logan la miró con el ceño fruncido antes de sacar las llaves y abrir la puerta de la entrada al bloque de pisos, que comunicaba con el garaje.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Bella Grande? Te recordaba feliz y positiva, con tus dos largas trenzas y el vaquero repleto de parches. —Él le echó una apreciativa mirada—. Ya no queda nada de ella. Eres toda una mujer.

Bella permaneció callada, básicamente porque ya no quedaba nada de aquella niña en su interior. No fue hasta los diez años que comenzó a ser consciente de que toda su familia sentía cierta predilección por Lía, por su cabello dorado y por sus grandes ojos azules. Tierna y encantadora, sabía cómo ganarse a la gente. Al contrario que Bella, que batallaba consigo misma cada vez que tenía que pasar por una entrevista de trabajo. Sus habilidades sociales palidecían al lado de las de su prima.

Ambos entraron en el bloque de pisos y se dirigieron al ascensor. Logan pulsó el botón menos uno y bajaron en silencio.

Una vez estuvieron en el aparcamiento, él le señaló su vehículo. Bella silbó por lo bajo.

—Vaya... Menudo coche.

—¿Te gusta?

—Sí, aunque no me esperaba que te hubieses comprado uno de tantas plazas.

Logan apretó los labios en una tensa sonrisa antes de hacerle un gesto con la cabeza.

—Vamos, móntate.

Durante el trayecto, Bella agradeció que Logan hubiese puesto el calefactor, pues tenía las manos y la punta de la nariz congeladas. Apenas había coches en el trayecto de regreso hasta casa, pero recordar que Felipe no estaría allí para acogerla, mirándola a través del cristal de la pecera, le arrancó un tembloroso suspiro. Había estado acompañada por aquel pez casi los diez últimos años. Recordó cuánto disfrutaba cada vez que le echaba comida y él ascendía para capturar las escamas de alimento.

Estuvo a punto de abrir la ventana del coche y tirarse por ella cuando le vino otro recuerdo. El lunes tendría que llevar el coche al mecánico que le habían asignado para reparar el golpe que había recibido en la parte trasera. ¿Y si era verdad? ¿Y si la había mirado un tuerto? Nunca había creído en las palabras de su abuela, quien había encontrado una enorme pasión en el ocultismo tras la muerte de su marido.

Decidida a no pensar más en su mala suerte, se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿ya no vuelves a California?

—Bueno, iré para visitar a mis padres y a Casie. Pero eso es todo. Sevilla es mi hogar. Me gusta Sevilla.

Bella asintió y lo miró. Se fijó en sus grandes manos, en lo elegantes que se veían sobre el volante. Llevaba un reloj plateado cuyo valor debía de ser bastante alto, aunque la chaqueta de cuero lo tapaba cuando bajaba los brazos.

Con una nostálgica sonrisa, recordó los buenos momentos que había pasado en la casa de Casie, todas las veces que la habían invitado a cenar, los calurosos veranos en la amplia piscina bajo aquellos frondosos árboles... Los Levine se habían portado de maravilla con ella, tratándola como otro miembro más de la familia. Cuando se habían marchado a California, Bella había sentido que le arrancaban un importante trozo de su vida. Se sintió sola y desestabilizada, sin ningún lugar al que pertenecer.

Otro fugaz recuerdo cruzó su mente. Su enamoramiento de Logan. Las miradas furtivas que le echaba cada vez que pasaba por su lado, la sonrisa cálida y tierna que le dirigía cuando la veía.

Al verlo de nuevo después de tantos años, se había llevado una sorpresa.

Nunca se habría imaginado que el guapo aunque desgarrado Logan se acabaría convirtiendo en un hombre adulto que casi rozaba los dos metros, y cuya devastadora sonrisa

había ganado encanto y sensualidad con los años. No pudo evitar preguntarse si el paso del tiempo había sido tan generoso con ella como lo había sido con él.

No poseía la belleza angelical de Lía, ni su don de gentes, pero era diferente a su familia. Era la única que había salido a la rama de su abuela Eleonora. Morena y bajita.

—¿Qué hay de ti? ¿Deseando marcharte de España? Recuerdo lo mucho que insistías en irte a California.

—Yo solo quería estar con vosotros —admitió ella con una leve sonrisa.

—Lo sé, y sabes que para nosotros eras parte de la familia. Aunque no consigo comprender qué pasó entre tú y Casie para que os distanciarais.

—Perdimos el contacto. Éramos pequeñas.

Logan no parecía muy convencido con su explicación, pero asintió.

—Hay algo que no me cuadra —musitó él, y giró hacia la derecha cuando ella se lo indicó.

—¿El qué?

—Cuando tú eras una niña y yo apenas un adolescente recién entrado en la pubertad, me asombraba tu buen humor para afrontarlo todo. Siempre que te veía estabas sonriendo. Tus ojos brillaban y me saludabas desde lejos. Saltabas de un lado a otro y volvías a casa con un agujero nuevo en los pantalones.

Bella se sonrojó.

—Era un desastre.

—Eras luz, eso decía mi padre, y yo no podía estar más de acuerdo. En cambio, te veo unos cuantos años más tarde y pareces otra persona. Más apagada, más triste. Quizá habría sido buena idea que te hubieras venido a California —bromeó, lo que le sacó una sonrisa.

—Me tendrías que haber llevado con vosotros.

—Estuve tentado.

Bella soltó una suave carcajada.

—Habría sido genial.

—Tu madre se habría llevado un buen susto.

—Ni siquiera creo que hubiera notado mi ausencia hasta seis meses más tarde.

Logan alzó una ceja y la miró un instante antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Siempre te acompañaba de regreso a la casa de tu abuela.

—Ella es la que me ha criado. Mis padres trabajaban hasta tarde. Los veía algunos fines de semana, cuando no se marchaban junto a Luisa y los demás a pasar el sábado y el domingo en el campo.

—¿Por qué no ibas con ellos?

—Prefería quedarme con vosotros. Tus padres me invitaban a todos los sitios a los que ibais.

—Oh, cierto.

—Es ahí mismo, ese bloque de pisos de ladrillo —le dijo antes de señalarle dónde vivía.

Logan paró justo enfrente y puso las luces de emergencia. Bella se colgó el bolso del hombro y se giró hacia él.

—Gracias por traerme. Y me alegro de verte —musitó con premura, deseando llegar a casa y caer en un reparador sueño que borrara la angustia y el dolor del día. Sabía que se comportaba de forma fría y distante, que, seguramente, unos días más tarde se arrepentiría de no haber pasado más tiempo con él para saber sobre Casie y su familia. Pero aquella noche se veía incapaz de mantener la compostura por más tiempo.

—Igualmente, cuídate.

Logan contempló cómo la delgada figura de Bella desaparecía al entrar en el bonito bloque de pisos en el que vivía. Lle-

vaba la cabeza agachada y los hombros hundidos, como si todo el peso del mundo cayera sobre ella. Había notado desde el principio su imperiosa necesidad de querer volver a casa, retorciéndose las manos contra el estómago y rehuendo su mirada. Bella podía haberse convertido en toda una mujer, pero la niña que había sido seguía dentro de ella, y eso le permitía saber que algo malo le había sucedido.

Apenas se había percatado de que era ella hasta que tiró la basura y miró justo la acera de enfrente, donde una mujer de baja estatura tomaba el aire, fuera del pub. La había contemplado con ojo crítico, y le había resultado familiar el color azabache de la melena y la forma en la que se ondulaba suavemente en las puntas. Sí, Bella había cambiado por completo. Poco quedaba de la niña que pasaba casi la mayor parte de los días en su casa, junto a su hermana Casie.

En su lugar, había una mujer de belleza inusual aunque atrayente.

Su melena oscura, que de pequeña había sido larga, se la había cortado a la altura de los hombros, espesa y brillante. La usual curva de su sonrisa seguía igual, pero había adquirido un toque sensual y femenino que la alejaba de la inocencia de la niñez. Sus labios eran finos, al igual que su nariz. En cambio, sus ojos pardos, iguales a los de su abuela Eleonora, seguían siendo un misterio para él. Durante su adolescencia, recordaba días en los que los veía completamente verdes, como un campo húmedo por el rocío de la mañana. En cambio, había otros días en los que le parecían más tostados, con un delicado tono marrón claro.

Y así seguían, aunque aquella noche lucían más verdes, quizá por las espesas y oscuras pestañas que rodeaban sus ojos. O quizá por el suave maquillaje que llevaba. Maquillaje que no había conseguido ocultar la tristeza de su mirada.

Desconocía si se equivocaba o no, pero apostaría lo que fuera a que el motivo de su desasosiego se debía a su familia; estaba seguro.

Logan quitó las luces de emergencia y luego metió la primera marcha para hacer el mismo recorrido de regreso a su hogar. Algo que durante todos aquellos años le había rondado la cabeza era qué sería de Bella Grande. ¿Seguiría con la misma relación extraña que mantenía con sus padres? ¿O habría puesto tierra de por medio? Sin lugar a dudas, a él le parecía la opción más acertada.

Logan dudó que volviera a ver a Bella otra vez, pues se había marchado del coche casi de un salto. Suspiró y decidió centrarse en la carretera. Su vida ya era lo suficientemente caótica como para preocuparse por una vieja amistad del pasado.